

Mandíbulas autómatas

Por Helga Fernández*

Resumen: Cada forma de transmisión, conlleva un tratamiento del lenguaje y una relación a la palabra, de los que a su vez surgen un modo de producción del saber y la verdad. La transmisión que en nuestra época ganó terreno es la transmisión digital. Esta transmisión produce una subjetividad que atraviesa las edades, las clases sociales y las geografías, y donde la palabra pulula por bocas y aparatos electrónicos, sin solución de continuidad ni significación. No comporta la inscripción inconsciente, a causa del estado de subjetividad del ser hablante y/o por las particularidades de tal transmisión. Se sustenta en una no-escritura que va transformando la carne en carne, anulando la voz en el grito, el grito en el mutismo, la metáfora en lo literal, la lengua en código y el cuerpo en lata. Y, supone un procesamiento del lenguaje, gestionado como aplicación; por ejemplo, bajo la forma de frases hechas y fetichizadas.

Palabras clave: Transmisión. Digital. Viralidad.

* Psicoanalista. École lacanienne de psychanalyse.

I

Por estos días, convulsos, urge reconsiderar las formas de transmisión de la palabra, urdidas en ritmos tan lentos como los cambios que, en cientos de milenios, sufrió la superficie de la Tierra. La narración, la novela, la información y lo que llamaré *transmisión digital*, coexisten en el tiempo, a veces apropiándose una del nuevo contenido de las otras o variando la estética de sus cualidades constitutivas para subsistir; pero, en ciertas oportunidades, también, colisionando y anulándose unas a otras.

II

La narración se apoya en que unx contó que otrx contó que otrx contó que otro..., descendiendo tan atrás en el origen del relato hasta que la voz que narra es la de un animal, la de un vegetal y, por fin, la de la naturaleza del lenguaje. Lo que en tal modo de transmisión se dice, posee probidad, no por estar sustentado en hechos acaecidos, sino en hechos discursivos que encuentran su autoridad de existencia en el dicho mismo. Quien allí habla es un hilo más que se entreteje en la palabra, por lo que su huella queda plasmada en el decir. Tal modo de transmisión no supone una verdad de la que se parte, sino una verdad que se construye en el lazo con el otro, el que escucha.

La novela, cuyos inicios se remontan a la antigüedad, requirió cientos de años, hasta toparse con los elementos que le sirvieron para florecer. Y, apenas sobrevenidos éstos, la narración comenzó, lentamente, a retraerse.

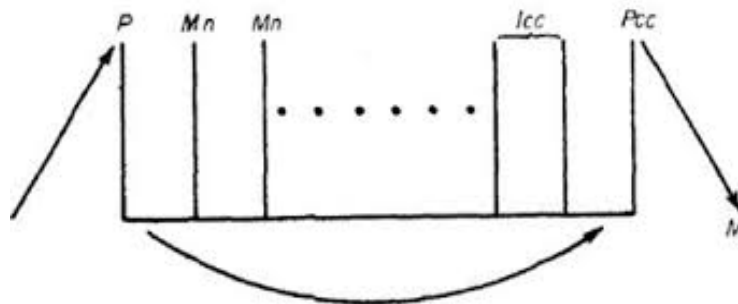
En paralelo, con el dominio de la burguesía que contó con la prensa como uno de los principales instrumentos del capitalismo avanzado, hizo su aparición una forma de transmisión que, por antigua que era, no había incidido antes de forma determinante sobre la narración, pero sí lo hizo desde el siglo XIX. El fundador de *Le Figaro*, Villemessant, dijo: «A mis lectores el incendio en un techo en el Quartier Latin les es más importante que una revolución en Madrid». Mostrando que, de súbito, la información que sirve de soporte a lo próximo, ganó la mayoría de la audiencia.

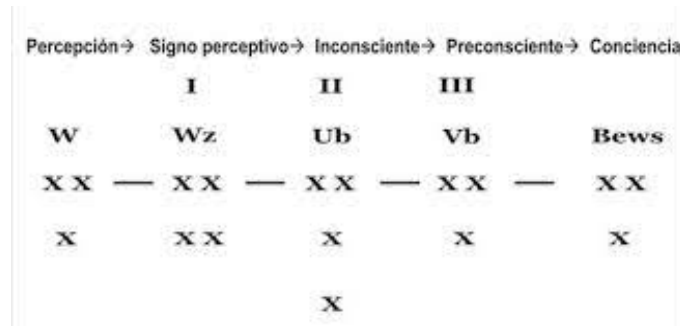
Así como la imprenta, la radio y la sociedad del espectáculo exacerbaron la transmisión de la información, hoy, a causa de la escritura algorítmica, apoyada en la revolución electrónica como antecedente, gana expansión la transmisión digital. Y, con ésta, otra transformación del lenguaje y otra mutación de los cuerpos. Si en un pasado la transmisión oral y la información entraron en contradicción, en nuestra epocalidad una nueva relación a la palabra, la transmisión digital, entra en contradicción con la palabra

encarnada que se asienta en la narración, en el decir, en la palabra plena y/o en una palabra responsable. ¿Qué diría Benjamín si estuviera enterado de que ya casi no nos abrigamos alrededor del fuego para narrar y escuchar Sucédidos, pero nos apoltronamos frente al resplandor del *streaming* sin mirarnos? ¿Qué de esta relación a la palabra cuya probidad no se sustenta en el decir de quien urde y es urdido por la trama, sino en algoritmos manejados por cuerpos inorgánicos que procesan una lengua matemática? ¿Comprendería que en este formato se condensa el tiempo y el espacio, suprahumanamente? ¿Y qué diría Freud frente al avance tecnológico de la digitalidad? ¿Qué si hubiera presenciado que el ser hablante creó máquinas que superan la capacidad receptora de las percepciones de Psiqué y que nos sustituyen, no sólo auxiliariamente, sino también en acciones decisivas que, por tanto, no ejercemos? ¿Qué texto hubiera escrito ante la invención de un aparato digital portátil que devino un dispositivo que despliega el espacio del reinado algorítmico? ¿Qué hubiese articulado ante una vivencia inédita de profundización de los poderes perceptivos, cognitivos y sensoriales de la especie humana, puestos en cuerpos artificiales, que oscilan de facto entre la adquisición de una subjetividad informada y la modificación de las decisiones por obra de tales algoritmos?

III

Pero, si la transmisión digital no tuvo que esperar a la creación de las letosas para existir, aunque sí para expandirse y exacerbarse, como tampoco lo hizo la información con la prensa: ¿cómo dar cuenta de esta forma de transmisión desde el discurso del psicoanálisis y en el ser hablante?





El modo de escritura en el que Freud sustenta las escrituras y reescrituras del aparato psíquico no permite establecer el punto de unión y torsión entre el polo de la conciencia y el de la percepción, sin que este último pase necesariamente por el sistema de escritura del inconsciente. De un polo al otro, el camino es progrediente o regrediente: los extremos no se enlazan. En cambio, si al esquema del peine y al de la Carta 52 se los transforma en una cinta de Moebius, tal y como propuso Lacan, se hace factible escribir y leer un modo de concatenación que supone la representación-palabra sin el pasaje por la escritura de *Ub.*, o su enlace con la representación-cosa. Esta topología sí permite desplazar la inamovilidad entre un polo y otro del esquema del peine y considerar hablar sin la *cosa* se escribe en el inconsciente.

El circuito por el que fluye la transmisión digital acarrea una especie de coalescencia de la percepción y de la conciencia, donde las palabras emitidas adolecen del estatuto significante y no se anudan al modo de la significación. Son pronunciadas a partir de un linkeo que no es el de la asociación libre, establecido por una mera sucesión, tal y como acontece en la escritura del fuero *W*: una palabra *sin sujeto que pueda identificarse a ésta*, y sin que un nombre del nombre del nombre opere. Tal recorrido del circuito (o del cortocircuito) propende hacia una tendencia a la descarga por cantidad más que por complejidad, y lleva al que parece que habla a ejercer acciones que no entran una acción específica, que no lo proveen de un saber-hacer ante lo inerte. Sino que, por el contrario, la carga se retroalimenta y se vuelve a descargar por esa vía de facilitación carente de articulación, una y otra vez.

Esta lógica del circuito muestra que tal tratamiento de la palabra ya existía antes de la digitalidad, y que la invención del grabador y el algoritmo lo explotan hasta el paroxismo, produciendo un contagio viral exponencial que lleva al que habla, o a ese hablar mismo, hacia otros medios que pueden llegar a coincidir con la fama y la popularidad. También da a leer que el indignadx o el apasionadx por ser hablado, se queja de lo mismo que hace: desconocer. Tal y como se escuchó en los discursos anti-cuarentena de algunas personas, que ayudadas por el negacionismo produjeron cadenas {links} extravagantes y grotescas en

las que cualquier cosa se pega con cualquier cosa y donde cada dicho suplanta y anula al anterior, en desmedro de la historización y del entramado. Incifrando. Manufacturando indolencia, a la par que corroyendo el valor de la palabra y supeditándola a una actualización de lo actual.

En la transmisión digital el ser hablante considera que *habla eso que lo habla* y que es él mismo quien lo articula. **Una pasión por ser hablado, donde lo que se reproduce ni siquiera se repite y mucho menos se articula o modula. No es dicho por nadie, ni dirigido a nadie, no cuenta ni con objeto ni con sujeto. No posee dirección {*adresse*} o destinatario {*subject*}, ni remitente. Es reproducido por mandíbulas autómatas, desposeídas del hábitat del inconsciente, que se enchufan y son enchufadas a otros aparatos de la comunicación como un nexo más que corre por el campo de la digitalidad.**

La transmisión digital no comporta el compromiso de la inscripción inconsciente a causa del estado de subjetividad del ser hablante y/o por las particularidades de tal transmisión. Una de estas particularidades es la propia de un circuito del aparato psíquico a partir del que se reproduce con facilitación, y entonces a mayor velocidad, lo emitido en las *fake news*, el ordenador, el *umwelt* de las redes sociales o cualquier otro aparato reproductor de escrituras isomórficas a las del circuito-W/Bw.

Este modo de transmisión prescinde de leer en el sentido que cuenta, por lo que, casi como un mero *input* y *output*, reproduce lo que ingresa desde esos cuerpos de lata y desde esas voces desencarnadas, acusmáticas.

Tal tratamiento del lenguaje conlleva la fonetización de palabras que no se inscriben en el inconsciente, dado que el lenguaje no encarnado trata a los *trumanos* como lo que también podemos ser: aparatos programados y programables, de acuerdo a las necesidades de un sistema.

Cuando el hablante no tiene una relación de implicación, de encarnadura con la fonética de sus labios, enuncia proposiciones sin solución de continuidad: sin corte y sin empalme. A diferencia del delirio –aunque éste también comporta lo actual–, la relación a la palabra de la digitalidad, en conexión, ensamble y acople con el afuera de lo emitido por las letosas, no supone una verdad alusiva o una metáfora delirante; tampoco una suplencia de la metáfora del Nombre-del-Padre; más bien, una conexión disparatada en tanto no se anuda al estatuto de la letra del que advienen la cifra y el rasgo unario, siquiera como suplencia. (De todas formas, para quien está dispuestx a seguir escuchando, quizá en este ruido también se pueda oír el eco del eco de lo forcluido por la ciencia y la economía,

presentificándose bajo el recrudescimiento de la consistencia de lo imaginario como distopía de lo real).

En el circuito de la palabra desencarnada, también queda arrasado el arraigo espacio-temporal. Se trata de un trayecto sin desplazamiento, donde la ida y la vuelta perdieron su sentido hasta coincidir, donde las coordenadas del tiempo y el espacio se estrechan a un ahora sin aquí, y el hablante queda reducido a la fonética propia de la motilidad de lo inanimado.

La transmisión digital, además, difiere de la transmisión de la transferencia donde el pasaje de un sitio a otro no es el del tráfico libre, sino el del pago de gravámenes sellados por el rasgo unario, heredero y donante de una falta.

El transcurrir, que corre loco entre la percepción y la conciencia tampoco produce pudor, vergüenza ni horror, sino y a veces, indignación y escándalo. Y siempre, pero siempre, dichos anónimos que adolecen de un sujeto que se identifique a lo dicho.



Foto extraída del blog "Museum Oddities"
[<https://museumoddities.wordpress.com/>]

IV

En la sesión del 10 de marzo de 1965, de *Problemas cruciales para el psicoanálisis*, Lacan se levantó contra los analistas, a la manera anglosajona, que se alineaban con la teoría de la información: *El lenguaje no es un código, precisamente porque, en su menor enunciado, lleva consigo el sujeto presente en el enunciado. Todo el lenguaje, y más aún el que nos interesa, el de nuestro paciente, está inscrito, es bastante evidente, en un grosor que supera con creces al lineal, codificado, de la información.* Pero, pese a que la información no es el lenguaje que nos interesa, o en todo caso el lenguaje del que advenga un sujeto: *existe*. Incluso, existe más allá de los ordenadores. Por lo que tendríamos que reconocer que estas máquinas tienen mucho por enseñarnos acerca de cómo se gestiona ese modo de la transmisión y qué resulta de esto.

V

William Borroughs en *La revolución electrónica*, y en otros textos, advirtió que el lenguaje es un virus y que liberar al virus contenido en la palabra podría ser más peligroso que liberar la energía del átomo. *Porque todo el odio, todo el dolor, todo el miedo, toda la lujuria están contenidos en la palabra.* Una verdad pasmosa, leyendo desde nuestro período político-histórico-cultural la nueva subjetividad de mandíbulas autómatas que se produce como efecto de la exacerbación de la transmisión digital.

En *La generación invisible*, Borroughs, también escribe: "Sácatelo de la cabeza y mételo en las máquinas deja de discutir deja de quejarte deja de hablar que las máquinas discutan se quejen y hablen un grabador es una sección externalizada del sistema nervioso humano llegarás a controlar mejor tus reacciones mediante el uso del grabador (habría agregado, seguramente, del ordenador) que permaneciendo sentado durante veinte años en la postura del loto o perdiendo el tiempo en el diván analítico". Dando a escuchar, de acuerdo a la lógica que intento plantear, que, a pesar de que reconoce la experiencia del lenguaje en su estado de virulencia, no advierte que tomar a las letosas como aquello que nos salvaría de esta calamidad, contrariamente, va en desmedro de lo que nos cura y apacigua: *la palabra encarnada, con su consiguiente escritura del inconsciente.* Por esto vuelvo a coincidir con el poeta, escritor y ensayista cuando enuncia que lo que nos diferencia de otras especies no es la palabra: es la escritura.

VI

Esta relación a la palabra, o estado de la misma, se acopla con la información emitida por las letosas por causa del isomorfismo entre una estructura y estas otras; también, por causa de que el mercado sincroniza y especula con dicho acoplamiento. El verbo *acoplar*

y su amplitud semántica acercan resonancias para seguir pensando el ensamblaje, donde el Verbo no encarna, sino que enlata. Donde el *moterialismo* muta hacia la ley de lata.

Acoplar, en carpintería y otros oficios: unir una pieza o cuerpo con otro de modo que se ajusten exactamente; unir o parear dos animales para yunta o tronco; encontrar acomodo u ocupación para una persona o emplearla en algún trabajo; agrupar dos o más aparatos, piezas o sistemas, de manera que su funcionamiento combinado produzca el resultado conveniente; unir, agregar uno o varios vehículos a otro que los remolca; el dicho de una persona cuando se suma a otra o a varias, y, en su uso tecnológico, algo que se dice respecto del sonido de un altavoz, cuando se recibe en el mismo micrófono del que procede, con la consiguiente distorsión o emisión de ruidos.

Acoplar, entonces, pone en primer plano la existencia de la relación sexual; la complementaria llevada a cabo por el encastre de agujeros y enchufes; la indistinción entre lo exterior y lo interior o la imposibilidad de esa topología; el no discernimiento entre lo que se emite y se recibe, y, la falta de distancia entre lo que se dice y lo que retorna como escuchado.

La transmisión digital se sostiene en un estatuto de la letra donde los signos de percepción impresionan, pero no encarnan. Muerde del lado de la bifrontalidad donde la carne es refractaria a lo simbólico y donde ésta, más que extender sus tentáculos hechos de líbido, muta hacia lo latoso. Conlleva la desencarnación: una descomplejización del sistema o una evitación de la encarnación. Supone un tratamiento de la palabra, en el que la letra es un tabique indiferenciado, una incandescencia, no una marca, una reviviscencia no una experiencia. Se sustenta en una no-escritura que va transformando la carne en carne, anulando la voz en el grito, el grito en el mutismo, la metáfora en lo literal, la lengua en código y el cuerpo en lata. Supone un procesamiento del lenguaje, que puede ser gestionado como aplicación; por ejemplo, bajo la forma de frases hechas y fetichizadas.

VII

Los virus orgánicos y digitales dan a ver y a leer el aparato lógico-retórico, hecho a imagen y semejanza de este recorte del circuito de las escrituras. Uno que puede asumir diversas formas aptas para reproducir a cada instante una réplica de sí mismo. Porque cuando el lenguaje no encarna hace enjambre {*essaim*}. Contagia. Ritornela. Se desparrama de boca en boca, de aparato en aparato, de aparato en boca, como una miel blanda que se pegotea por todos lados.

El lenguaje también puede ser una espora semiótica de virus con los que el mercado, las empresas, el *coaching* ontológico, el neoliberalismo, el transhumanismo y otras

instituciones, infectan y reinfecan. Una inoculación que mantiene el cuerpo siempre en condición de emergencia, reproduciendo mensajes que hacen ruido y que, en cierto sentido, no son otra cosa que sonido roto. Descompuesto.

La actualización de este estatuto de la palabra requiere de la constante reiteración, reproducción, insistencia y difusión por diversos canales: televisión, radio, parlantes, la *World Wide Web*. Requiere, sobre todo, del ruido que multiplica la exterioridad de las voces y pone a oír palabras vacías que pululan de *W a Wz*. Donde lo reproducido nunca es registrado o inscrito, porque conlleva una huella {*Spur*} que nunca se ha perdido registrándose como huella de recuerdo {*Erin-nerungspur*}, sino que supone una traza sin traza, un resto puro de goce y un tiempo que no es un momento, sino un actual perpetuo nunca memorable.

El hecho de que los analistas tratemos con el lenguaje que no es información – además de la relatividad de esta afirmación en nuestros tiempos– no tendría que hacernos obviar la subjetividad que otra semiótica determina en los cuerpos, sobre todo porque nos está llevando puestos, arrastrándonos hacia un sometimiento maquínico. Autómata. Haciendo que los afectos, las percepciones, las palabras no encarnadas y las acciones funcionen como piezas, componentes o elementos de ese circuito loco.

La transmisión digital agencia elementos infrapersonales e infrasociales, funciona y pone en movimiento conectándose directamente con el polo perceptivo y el polo motor, saltando la escritura inconsciente. Es decir, activando relaciones transitivas y transindividuales difícilmente atribuibles a un sujeto que habla, a un discurso, a una tradición o a esa red simbólica que llamamos colectivo o lazo social.

VIII

¿El estado viral de la palabra, entonces, puede ser una bomba activada por control remoto? ¿Una cualidad del lenguaje explotada como programa de exterminio? ¿Una cualidad que los sistemas de control monopolizan? ¿En su total estado de virulencia estamos seguros de que hace simbiosis, encarnación, con el huésped? ¿Y si se convierte en un virus aniquilante y arde por todos los recovecos del mundo como un incendio forestal? ¿Si no hay letra que le haga obstáculo?

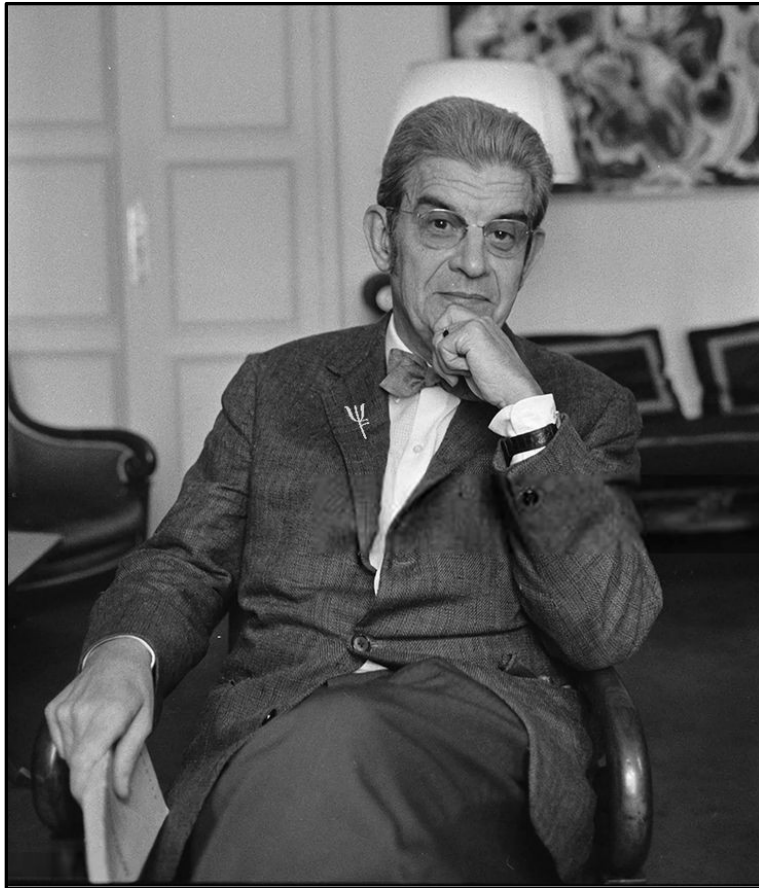
IX

Ser hablante, en el sentido que cuenta, no va de suyo. Se trata de una práctica que podemos o no ejercer, con la que se cuenta o no cuenta, y que no siempre ni necesariamente permanece extendida en el tiempo. En igual proporción, se trata de una práctica que no sólo

ejercemos para con nosotros mismos, sino respecto de la cual nos ubicamos ante los discursos que apuestan a ella o la anulan, como resistentes o colaboracionistas.

Claro que el lenguaje en estado viral no siempre culmina en la defenestración de la fenestración de los cuerpos, a veces es el inicio de transferencias o de encarnaciones de la palabra. Pero la única vacuna, la única solución para cuando gira loco y encerrado en su cortocircuito, sigue siendo la letra que se acuña en la carne.

Porque el que no dice, tampoco lee.



Jacques Lacan

X

En tanto primero uno cede en las palabras y después, poco a poco, a la cosa misma: por favor, no homologuemos el decir al estado viral de la palabra y tampoco la locura que ésta trae a otras locuras sí tendientes éticamente a la encarnación. No se trata de psicosis sociales ni de sujetos de la psicosis, necesariamente, se trata de un discurso insensato

compuesto por agenciamientos políticos, sociales, culturales, neoliberales y neofascistas. Superponer todo con todo forma parte del estado de indistinción que padecemos, trae aún mayor confusión y, por sobre todo, nos deja sin recursos.

En este estado de situación y de emergencia, para reapropiarnos de la materia de la metáfora y no renunciar a hablar, necesitamos de la experiencia del análisis y, con igual importancia, necesitamos de otras prácticas que también apuestan a la palabra encarnada: la acción subversiva de la poesía, el teatro vivido, una filosofía que haga cuerpo, una política militante y un periodismo que rompa, disloque e intervenga la transmisión que aquí llamo digital.

Bibliografía consultada

- Benjamín, Walter. *El narrador*.
- Burroughs, William S., *La revolución electrónica*. Colección: Numancia. Traducción: Mariando Dupont. Prólogo: Carlos Gammero, Caja negra, editora. Buenos Aires, 2009.
- Fernández, Helga; *La carne humana. Una investigación clínica*. Archivada. Buenos Aires, junio 2022.